

“Ven, Santificador Omnipotente”

¡Sé alma de Eucaristía! -Si el centro de tus pensamientos y esperanzas está en el Sagrario, hijo, ¡qué abundantes los frutos de santidad y de apostolado! (Forja, 835)

5 de febrero

Hablaba de corriente trinitaria de amor por los hombres. Y ¿dónde advertirla mejor que en la Misa? La Trinidad entera actúa en el santo sacrificio del altar. Por eso me gusta tanto repetir en la colecta, en la

secreta y en la postcomuni3n aquellas palabras finales: *Por Jesucristo, Se1or Nuestro, Hijo tuyo -nos dirigimos al Padre-, que vive y reina contigo en unidad del Esp3ritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Am3n.*

En la Misa, la plegaria al Padre se hace constante. El sacerdote es un representante del Sacerdote eterno, Jesucristo, que al mismo tiempo es la V3ctima. Y la acci3n del Esp3ritu Santo en la Misa no es menos inefable ni menos cierta. *Por la virtud del Esp3ritu Santo*, escribe San Juan Damasceno, *se efectúa la conversi3n del pan en el Cuerpo de Cristo.*

Esta acci3n del Esp3ritu Santo queda expresada claramente cuando el sacerdote invoca la bendici3n divina sobre la ofrenda: *Ven, santificador omnipotente, eterno Dios, y bendice este sacrificio preparado a tu santo*

nombre, el holocausto que dará al Nombre santísimo de Dios la gloria que le es debida. La santificación, que imploramos, es atribuida al Paráclito, que el Padre y el Hijo nos envían. Reconocemos también esa presencia activa del Espíritu Santo en el sacrificio cuando decimos, poco antes de la comunión: Señor, Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, vivificaste el mundo con tu muerte... (Es Cristo que pasa, 85)
